

## El sustrato de la emancipación humana: tiempo de trabajo y tiempo de vida en el capitalismo digital

Humberto Márquez Covarrubias\*

En la era del capital global, apuntalado por la cuarta ola científico-tecnológica y su fascinación por el mundo virtual y digital, para la gran mayoría de la humanidad el dilema de la sociedad capitalista moderna sigue siendo el de vivir para trabajar o trabajar para vivir. En el extremo, trabajar en exceso para sobrevivir, al grado de ser superexplotado para malvivir.

El problema de la emancipación humana nos remite a comprender qué tipo de relaciones sociales son dominantes y qué posibilidades hay de cambiarlas, a efecto de abrogar las relaciones sociales en las que la humanidad sea explotada, dominada, humillada, excluida. La disyuntiva civilizatoria está entre permanecer subsumido en la forma del trabajo alienado o erigir un régimen de trabajo común.

Hoy por hoy prevalece una heterogeneidad y segmentación en el mundo de trabajo: por una parte, perduran formas rudimentarias de trabajo y, por otra parte, se abren nuevas modalidades de trabajo. La diferencia la sigue marcando el ritmo impetuoso del desarrollo de las fuerzas productivas que aplica los avances científicos a la producción y reclama una mayor calificación del trabajo para, de manera combinada, imprimir una mayor potencia al trabajo humano con mejores tecnologías.

Muchos dirían que la revolución digital, la robotización y la inteligencia artificial suponen la tácita desaparición de los trabajadores o anuncian

el fin del trabajo. Sin embargo, el trabajo asalariado persiste como la forma dominante. La explotación está en el centro de la reproducción social en tanto prosiga la diferenciación entre los propietarios de los medios de producción y de cambio y quienes sólo poseen su propia fuerza de trabajo. Independientemente de su nivel de remuneración o educación, de sus hábitos culturales o modos de vida, de si es manual o intelectual, de si está en la agricultura, la industria o los servicios, el obrero sigue siendo la clase social mayoritaria de la sociedad capitalista. En la misma sintonía, el capitalista puede estar en la agricultura, la industria, las finanzas o los servicios. Los trabajadores están diseminados en la industria a escala global, donde realizan variadas funciones manuales, técnicas, ingenieriles y otras propias del personal calificado en la producción y en la administración. Además, los trabajadores se diseminan en la agricultura y múltiples actividades rurales. Son el sustento del transporte, los servicios, la construcción y el comercio. Asimismo, los trabajadores se ubican en los diversos aparatos del Estado, aunque en esa esfera no generan plusvalor, pero venden su fuerza de trabajo y contribuyen a la reproducción de las condiciones objetivas y subjetivas de la producción, tales como el aprovisionamiento de infraestructura y de educación y salud, respectivamente. Los trabajadores también sustentan la gestación y despliegue de las tecnologías informáticas, las comunicaciones y la inteligencia artificial. En ese rápido recuento no se puede omitir a los desocupados, que forman una masa desbordante conocida como el ejército industrial de reserva a disposición del capital. La base de sustentación de la moderna sociedad capitalista han sido los trabajadores, independientemente de su funcionalidad, pues mientras que unos venden su fuerza de trabajo y generan plusvalor; otros venden su fuerza de trabajo y no generan valor, pero ayudan a su realización; otros

venden su fuerza de trabajo y no generan valor, pero contribuyen a reproducir las necesidades del capital; y otros no venden su fuerza de trabajo, pero están disponibles cuando los requiera el capital.

Existe una idea muy difundida en los foros empresariales, revistas de negocios y círculos académicos acerca de que el tridente de la oleada digital, la robótica y la inteligencia artificial habría relegado en definitiva la figura del obrero hasta colocarlo como personaje del pasado, y a la teoría que se ocupa de su estudio la consideran como una materia obsoleta o mera ideología. Esa presunción no se ajusta a la realidad, pero es muy socorrida en la gestión de proyectos o entre quienes buscan identificar las grandes tendencias para alimentar los sueños aspiracionales de la pequeña burguesía o de inversionistas bursátiles. En los círculos gerenciales y académicos esas ideas se difunden ampliamente y se transmiten en los espacios informativos y en los centros de trabajo. Cultivando una suerte de esnobismo tecnocrático, se invoca la necesidad urgente de incorporar las novedades tecnológicas, como la inteligencia artificial o el *blockchain*, a su sistema de producción o ámbito de trabajo, por muy simple que sea lo que producen o la actividad que desempeñan, para no quedarse fuera de la novedad.

En la llamada Edad Media, una sociedad organizada en torno el feudalismo y el antiguo régimen, la noción del tiempo la fijaba el poder religioso, la Iglesia establecía el ritmo social, los ritos y las campanadas de los templos suponían ciertos tramos del día. En tanto, el trabajo esclavo implicaba la propiedad de la corporalidad viviente, su capacidad de trabajo y la totalidad del tiempo. En la sociedad capitalista se instaura, paulatinamente, una sola medida del tiempo, el tiempo industrial y del mercado, donde el tiempo es dinero. Se fija un tiempo abstracto, el tiempo socialmente

necesario para producir las mercancías que entrarán en circulación, incluyendo la mercancía de la fuerza de trabajo.

El tiempo del capital es un mecanismo sordo que actúa como mecanismo de coordinación social capaz de someter y disciplinar a una multiplicidad de productores y sujetos sociales que obran como productores privados pero que tienen que medirse, igualarse, unos con otros en espacios concurrentes y la unidad de medida general es el tiempo, que se materializa o representa a través del dinero. En el tiempo concreto la organización de las actividades de los individuos se normaliza y se ponen en una misma sintonía. La lógica imperante es la de la valorización del valor, el crecimiento incesante del capital, sin límite. Incluso las actividades no subsumidas directamente al capital terminan por sucumbir a su influjo.

El sujeto automático que gobierna las relaciones sociales es el valor que se valoriza, el capital en movimiento, que subsume la vida cotidiana, la capacidad de trabajo, las relaciones sociales. Su lógica y desdoblamiento se perciben en planos temporales, en momentos sucesivos que dan cuenta de su metamorfosis, donde primero figura como dinero, luego como producción, después como producto en circulación, después en venta y consumo, más adelante en dinero acrecentado que reinicia el ciclo en una espiral ascendente.

El tiempo de la sociedad burguesa desecha al calendario religioso para imponer el tiempo de la modernidad. El tiempo fabril se ubica como la hora cero para ajustar los demás tiempos a su ritmo y movimiento, a fin de homologar el espacio del capital en sus distintos momentos de producción, circulación y consumo. El tiempo de trabajo remunerado y el no remunerado establece una distinción crucial en la organización del trabajo y en la generación del excedente económico distribuido entre un tinglado

de clases poseedoras y la burocracia estatal. Asimismo, la igualación mercantil entre distintas productividades es la representación de tiempos de trabajo que permiten intercambiarlos bajo la forma concreta de mercancías, pese a que en determinadas circunstancias se intercambie más tiempo de trabajo por menos tiempo. El método fordista impone una gestión sociotécnica del trabajo basada en la sintonía de tiempos y movimientos, y el justo a tiempo es la meta cumplida de la productividad.

El tiempo no puede entenderse sin su alma gemela, el espacio. En el capitalismo contemporáneo, un fenómeno crucial ha sido la dislocación de la dupla espacio-temporal: el desplazamiento veloz, incluso en tiempo real, de flujos de inversión, de ganancias, de comunicaciones, de usos tecnológicos. La noción del tiempo real escapa a la percepción humana y es un mecanismo de las maquinarias cibernéticas. La medición en microsegundos para operaciones financieras, el uso de algoritmos. No obstante, la simultaneidad precisa de lo terrenal, del trabajo vivo, soportes materiales de la esfera digital. El espacio cibernético donde se mueven las comunicaciones, las finanzas y las inversiones tiene como correlato un espacio fisiogeográfico: las tierras y sus recursos naturales. No obstante, todas las formas espacio-temporales precisan de un determinado espacio social: las relaciones humanas, mediadas por relaciones de poder y relaciones mercantiles.

Las formas de trabajo se han transformado, aun cuando prevalece su fundamento, la explotación. El trabajo formal, seguro, con derechos, se ha difuminado y en su lugar se acrecienta el trabajo informal, inseguro y sin derechos: trabajadores temporales, falsos autónomos, a tiempo parcial, *freelance*, «emprendedores». Tener trabajo no es garantía de gran cosa y no ofrece garantías de organizar la vida ni expectativas de mediano y largo

plazo. Desde los 1980 se desmantela el llamado estado de bienestar en las economías desarrolladas y sus remedos en las subdesarrolladas, que surgieran luego de la Segunda Guerra Mundial.

El tiempo libre era un anhelo, un fruto del progreso tecnocientífico, del avance de la automatización del trabajo y de la sustitución del tiempo de trabajo vivo por trabajo muerto, de trabajo intensivo humano por maquinarias. La tecnoutopía encuentra un paraíso cuando imagina máquinas que se comunican con máquinas sin intervención humana.

El desarrollo capitalista, catapultado por el avance de la automatización del trabajo, ha generado la capacidad material de acortar las jornadas de trabajo y, en consecuencia, de amplificar el tiempo libre del conjunto de la sociedad. Las jornadas de 8 horas han sido conquistas laborales históricas que de manera informal se vulneran, aun cuando existan condiciones tecnológicas para recortarlas. Sin embargo, estos bloques de tiempo han sido reutilizados por el propio capitalismo para subsumirla al trabajo social y el consumo social. En lugar de propiciar el desarrollo humano y democratizar el tiempo, la subsunción de la sociedad en el capital se ha profundizado. El capital engendra masas crecientes de desocupados, que están a disposición del capital, por lo que se afianza un bloque amplio de población sobrante latente y consolidada que se utiliza como factor para presionar a los trabajadores activos y flexibilizar y precarizar las condiciones generales de trabajo.

De la misma forma, en tanto que el ingreso que reporta el trabajo es insuficiente y no se garantizan condiciones seguras de trabajo, sanidad y reproducción social, el tiempo de vida se trastoca en tiempo a disposición de las necesidades del capital mediadas por el mercado. En la otra cara de la moneda se puede advertir que el consumo no es gratis, como podría

pensarse en el caso de los usuarios de redes sociales digitales que deambulan por el ciberespacio y a menudo son persuadidos para alquilar servicios o sus datos son extraídos para ser vendidos a terceros o usados como carnada para la venta de publicidad. Pero en esencia el consumo de los trabajadores no se ha alterado, sigue subsumido bajo la tónica del intercambio de equivalentes: si bien se puede considerar que el trabajador recibe una cantidad de trabajo expresada en el ingreso salarial, que representa lo que ha dado a la sociedad, considerando los distintos niveles de productividad, capacitación y nivel de desarrollo, esto supone que ha sido deducido el trabajo impago, el plusvalor, incluyendo las contribuciones fiscales. Mientras tanto, los subsidios públicos al consumo no alteran la situación, son meros paliativos que no alteran el régimen de explotación.

La llamada «economía colaborativa», el espacio para las transacciones en línea desplegada por las tecnologías informáticas, es uno de los ejemplos más recientes sobre la subsunción del trabajo social sobrante por el capital. Las plataformas de distribución de mercancías y transporte de personas promueven que los trabajadores disponibles utilicen su plataforma, a condición de que aporten sus propios medios de trabajo (vehículo o motocicleta, además de los gastos de combustible, mantenimiento, pago de permisos, etcétera) o que se conviertan en agentes de ventas de mercancías de todo tipo o que renten sus casas o autos. El supuesto trabajador independiente es dueño de sus medios de producción. De lo que se trata es de absorber y controlar formas de trabajo disperso e inutilizado para usar capacidades de trabajo ociosas, el tiempo muerto de otros trabajos para extraer más ingresos.

El teléfono celular, más específicamente el teléfono inteligente, además de ser un aparato que articula múltiples aplicaciones tecnológicas preexistentes en la palma de la mano y que revoluciona los modos de

comunicación interpersonal hasta hacerlo el artefacto más emblemático de nuestros días, es el dispositivo que funciona como el sutil instrumento de coordinación técnica de nuevas modalidades de trabajo enajenado bajo la lógica digital. Representa una especie de cadena de montaje digital, cuya peculiaridad es que hace difusa la distinción entre el tiempo de trabajo y el tiempo de no trabajo que caracterizaba, hasta cierto punto, al trabajo en la era analógica. Ahora, la hiperconectividad posibilita que el trabajador aparezca como un sujeto disponible permanente o en periodos que superan con creces a las jornadas convencionales de 8 horas del régimen laboral orquestado por mecanismos analógicos.

En esos espacios el usuario se convierte en un vendedor de sí mismo, de su capacidad de trabajo, de su producto o de sus ideas. Pareciera que se realiza el anhelo que propalaba el término de «capital humano» en el que el individuo se convierte en una preciada mercancía, una marca, o en un vendedor de mercancías que lucha afanosamente por ser visible y vincularse con la mayor cantidad posible de contactos.

Las redes sociales digitales se han convertido en plataformas de publicidad y propaganda de las relaciones mercantiles, por lo que pudiera pensarse que son redes mercantiles digitales, a la vez que operan como el gran escaparate para la interacción de las relaciones humanas mediadas por estos dispositivos. Para no caer en el precipicio del anonimato o el aislamiento se impone la histeria de la vinculación digital: la búsqueda afanosa de los seguidores, de las vistas, de los *likes*, de los comentarios, que en última instancia tienen el cometido de convertir el prestigio, fama o influencia en una monetización, un acicate para acceder a una fuente de ingreso. En esta carrera frenética de la autopromoción hay que estar al día, actualizarse, y para ello hacer una exposición vistosa en la arena digital



que resulte atractiva y seductora para el tipo de público al cual se dirige el mensaje o contenido; y por añadidura dejar una huella efímera del ser en el mundo digital, que está inundado de personajes que buscan el mismo objetivo simultáneamente, por lo que la competencia arrecia.

En el mundo feliz del fetichismo digital, cada quien pareciera asumir la representación de un capital o de un activo financiero, que ofrece expectativas a los marchantes presurosos que se desplazan por la pantalla digital buscando sin encontrar la mejor oferta del momento. El flujo de ingresos resultante, la monetización, será el resultado de la habilidad personal para venderse y colocarse en los mejores términos en un volátil mercado de los valores digitales. La compulsión de esta actividad entraña una fuerte dosis de estrés, de desgaste de la salud mental y, paradójicamente, de soledad en un mundo saturado de comunicaciones instantáneas.

La valía del ser que deambula en la esfera digital es mensurable: se mide por una numeralia que da cuenta de la popularidad del individuo en la multitud y tiene su referente en número de las vistas o consultas.

El individuo que utiliza el teléfono celular como una extensión de su corporalidad, más allá de una herramienta de comunicación y de trabajo, pareciera estar conectado permanentemente, inclusive en las horas de sueño, en las horas de vigilia, a los estímulos de la comunicación, en espera de ser llamada a la órbita del trabajo. Vive la fascinación de tener su propia oficina o despacho en un pequeño aparato, que lo mantendrá siempre en estado de espera, atento a los llamados. Para eso están los recordatorios, las alertas. Las asistentes digitales suplen el trabajo de asistentes personales y actualizan el método anacrónico basado en el eslogan de «hágalo usted mismo». La tónica del trabajo digital es la de la actualización permanente, la vinculación desbordante y la disponibilidad sin condiciones.

El fenómeno recurrente de los trabajadores que requieren más de un empleo para acceder a un ingreso mínimo que les permita afrontar sus gastos ordinarios se profundiza con la precarización del trabajo inducida por la órbita digital, que puede concentrarse en un solo empleo o autoempleo a condición de que se extienda el horario de trabajo. La fórmula popularizada como 24/7, es decir, «24 horas al día, 7 días a la semana», se refiere a los servicios que siempre están disponibles para el usuario, sin interrupción, lo cual supone tanto la activación de mecanismos automatizados para la atención, como la disponibilidad de trabajadores que tienen que estar atentos para dar cobertura a la demanda. Bajo esa exigencia el trabajador se convierte en un sujeto insomne, alerta, con la mejor disposición incesante.

El capitalismo se vale de novísimas herramientas de vigilancia que permiten que los trabajadores sean ahora supervisados ya no por el látigo del capataz o la mirada escrutadora del supervisor, ambos encarnados por siniestros personajes que representan el dominio despótico del capitalista, sino por métricas automatizadas, por algoritmos abstractos, por dispositivos tan precisos como despersonalizados.

Bajo el ritmo compulsivo de la observancia automatizada o bajo el ritmo autoimpuesto por la disciplina obediencial todos tenemos que trabajar eficazmente o, en su defecto, aparentar que lo hacemos. Qué mejor que haciendo negocios o imaginar que estamos haciendo grandes proezas. Hay que aprovechar el tiempo muerto, estar disponibles, ser flexibles. Ser parte de la gran maquinaria capitalista.

La idea de la gestión del tiempo (*time management*) significa que el individuo desarrolle la capacidad para planificar y controlar el uso del tiempo disponible, inclusive de programar milimétricamente las horas y

minutos del día, con objeto de realizar eficazmente aquellas actividades necesarias que le permitan realizar sus metas, que a menudo se trata de metas que están, quíerese que no, sujetas a los requerimientos mercantiles, cuyos referentes son calidad, eficiencia y competitividad.

El sujeto competitivo de la actualidad ha sido postulado por la ideología del emprendedurismo, que prefigura a un individuo que se cree capaz de hacer negocios, por lo que una premisa parece ser negar el tiempo de ocio (*neg-otium*) para alentar la febril carrera del éxito. Mientras que el tiempo libre (*otium*) es el periodo sin actividad laboral, momento que se dedica al descanso o a realizar otra actividad. En esa configuración del tiempo el *neg-otium* es cualquier ocupación o asunto provechoso y el ocio bien empleado es un buen negocio. Si la moral religiosa decía que el «ocio es la madre de todos los vicios», el capitalismo eleva ese axioma al paroxismo.

El incremento de la precariedad del trabajo se acompaña de múltiples tensiones, de formas que mortifican al trabajador, en tanto lo laceran. El trabajo extenuante, la inseguridad laboral, la competencia, la amenaza de despido, los accidentes laborales, la exigencia de disponibilidad más allá del tiempo de trabajo convencional, los mecanismos de supervisión automatizados, redundan en problemas de salud física y mental que pueden derivar en el consumo de sustancias psicoactivas, ansiolíticos, hipnóticos y sedantes.

Las esferas de la vida cotidiana están propensas a ser mercantilizadas y a generar intercambios desiguales de tiempos de trabajo. En la vida moderna se dispone de poco tiempo para dedicarlo a la familia, los amigos y a sí mismo, por lo que un apremio es comprar determinadas mercancías que intentan suplir esa desatención o desapego. Un ejemplo de sobra conocido

es que ante el poco tiempo para cocinar se tiene la necesidad de comprar alimentos preparados en plataformas digitales, los cuales serán entregados a domicilio por los trabajadores repartidores; bajo este esquema se compra el tiempo de trabajo de cocineros y repartidores para cubrir una carencia de tiempo personal en la preparación de los alimentos. De manera similar sucede con el problema del cuidado de los hijos, los mayores o los enfermos, ante la imposibilidad de hacerlo por cuenta propia se compra la mercancía de servicio de cuidados, que obviamente es portadora del tiempo de trabajo de quienes lo suministran. Los ejemplos pueden seguir y llegar a casos extraños, como el de quienes pagan por el cuidado de las mascotas.

Sea como fuere, lo llamativo es el hecho de que hay que comprar mercancías para cubrir necesidades que podrían ser cubiertas como parte de la actividad cotidiana de los trabajadores, quienes al estar ocupados en compromisos y actividades diversas tienen que recurrir a pagar por servicios que entrañan tiempo de trabajo. Se trata de formas de trabajo precario, desvalorizado, por lo que los trabajadores pagan esos servicios que, comparativamente, valen menos que el suyo; es una forma de intercambio de más tiempo por menos tiempo en el nivel de la vida cotidiana.

En el mundo digital, que provee aplicaciones para las más diversas cuestiones, no podían faltar aquellas que gestionan el tiempo de los individuos para hacerlos sujetos predispuestos, alertas, activos. Existen aplicaciones que brindan servicios para supuestamente ganar tiempo y así poder dedicarlo a otra cosa, preferentemente a actividades útiles, mensurables, mercantilizables. Las plataformas digitales funcionan como dispositivos que gestionan la vida en sintonía con los apremios de la vida moderna.

La sociedad capitalista se organiza en torno al tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías, y dentro de

ello el tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo. Entre las actividades que no están reconocidas por el mercado, que por tanto no generan valor, se encuentran las tareas del cuidado, la limpieza o el trabajo agrícola. Se trata de los peores trabajos, mal pagados, con malas condiciones y peligrosos. No obstante, en la medida en que los trabajos se insertan en el mercado, que la capacidad de trabajo se convierte en una mercancía, los trabajos son remunerados y adquieren el atributo de ser productivos, según la lógica de valorización.

Las relaciones sociales mercantiles se basan en la explotación del trabajo, en el trabajo que devenga un ingreso, es decir, el salario y la pensión contributiva. Con la mercantilización de actividades concernientes a la reproducción de la fuerza de trabajo, como la limpieza, el cuidado de niños, enfermos y mayores, para las familias de trabajadores que requieren pagar por servicios personales y liberarse de tiempo que les permita a su vez trabajar crecientemente se agrega la necesidad de que laboren más tiempo en aras de sufragar los servicios de otros trabajos que realizan las actividades domésticas o de cuidados que no pueden realizar por su cuenta; y con ello agregan tiempo de trabajo adicional para pagar el tiempo de trabajo de otros que irremediamente generan menos valor y acceden a una fracción del salario de sus empleadores. Cuando las actividades domésticas de los trabajadores se abren al mercado laboral se genera un peculiar intercambio de tiempos de trabajos con diversos grados de valorización social, pero que tienen como punto en común el hecho de que se distribuyen una pequeña masa salarial, la que detentan los trabajadores que contratan a otros trabajadores. Evidentemente, el trabajador que contrata estos servicios no es un capitalista que extrae un plusvalor del trabajo doméstico. Al mismo tiempo, con la difusión de las tecnologías digitales y

la hiperconectividad, el espacio hogareño se refuncionaliza como lugar de trabajo, ya sea en actividades formales como la enseñanza o el *home office* o en actividades informales como el *freelance*.

La estructura social capitalista siempre dispone de una enorme base de trabajadores ubicados en la reserva laboral que están obligados a aceptar condiciones de trabajo precarias, cuando no degradadas o miserables; esta masa desbordante de trabajadores se ubica en la base de la red de provisión de una amplia gama de servicios precarios, que expande el fenómeno de la terciarización, que genera la figura de un «nuevo proletariado», sobre todo en los servicios, que se caracteriza por ocupar empleos flexibles, precarios, informales, subcontratados. En esa oleada se suman las trabajadoras de la limpieza y el cuidado de niños, ancianos y enfermos, además de los trabajadores repartidores de alimentos y de entrega a domicilio de mercaderías.

El capitalismo pontifica la «cultura del esfuerzo», idealiza al «hombre que se hace a sí mismo» y premia al que acumula puntos, premios y reconocimientos, en tanto que denuesta el ocio, la desobediencia, la crítica. El testarudo personaje de Melville, el oficinista Bartleby que a todo decía «preferiría no hacerlo», es la antítesis de la obediencia servil, aunque sea un simple escribiente que declina hacer lo que se le pide con amabilidad, sin aspavientos. Ciertamente es un personaje anacrónico para los tiempos actuales movidos por la lógica de la compulsión, la obediencia ciega, el burocratismo, el mercenarismo. Como dijera Lafargue (1980), la «pasión moribunda por el trabajo» significa la «degradación del hombre libre»: «La moral capitalista, lastimosa parodia de la moral cristiana, anatemiza la carne del trabajador; su ideal es reducir al productor al mínimo de las necesidades, suprimir sus placeres y sus pasiones y condenarlo al rol de máquina que produce trabajo sin tregua ni piedad».

El desarrollo humano genuino se refiere, cuando menos, a la facultad de disponer de tiempo libre efectivo, una vez garantizadas las necesidades materiales básicas, para dedicarlo a otra cosa que no sea la actividad mundana de trabajar para vivir (un desarrollo humano entendido como el despliegue de las capacidades críticas y creativas, más allá del trabajo productivo), sin estar sometido a la exigencia del tiempo abstracto de la valorización constante del capital en la esfera del trabajo y del consumo, que se convierte en una forma de trabajo encubierta. Desde este punto de vista, la emancipación de la humanidad cobra significado como la lucha por el trabajo libre. Una transformación social efectiva se encamina hacia ese propósito: garantizar que la población trabajadora disponga de tiempo libre para la expansión de las capacidades críticas y creativas, y con ello la sociedad en su conjunto gana porque acumula capacidades para el desarrollo del conocimiento, la ciencia, la tecnología, las artes y la cultura en general. Más aún, es la consecución del trabajo común como un trabajo no enajenado, en el que se socialicen los medios de producción y se disponga de suficiente tiempo libre para realizar el desarrollo humano.

En la Antigüedad, la filosofía griega designaba a la escuela como el espacio del ocio, el tiempo libre, era la condición propia de los ciudadanos libres, iguales entre sí en la medida en que tenían la capacidad o posibilidad de dedicarse al estudio. Libres para evadirse y estudiar. Los libres eran los aristócratas, no los esclavos, que tenían la obligación de trabajar. No toda la sociedad era libre. Los grandes pensadores y artistas eran los ciudadanos libres. De ahí emanaban la filosofía, las ciencias y las artes. Pero en el capitalismo esto no sucede, el trabajador libre es el que tiene que vender su propia fuerza de trabajo y someterse al imperio del tiempo de trabajo y el tiempo de ocio que los subsume, cada vez más, a la lógica del capital, aún sin saberlo.

Para Marx, el tiempo es el espacio donde se desarrolla la humanidad, y no disponer de tiempo libre, un tiempo propio, nos condena a ser seres enajenados, bestias de carga. Inexcusablemente, la relación entre tiempo y vida está condicionado por las relaciones de explotación y de poder, es un conflicto entre la forma en que se organiza el tiempo, entre quienes lo distribuyen y quienes los utilizan al servicio del capital y el poder.

Para liberar tiempo no basta reducir unas horas de trabajo, o días de trabajo, por ejemplo, disminuir la jornada de 8 a 6 horas al día, como se ha hecho en Suecia, o la semana laboral de 6 a 4 días o el incremento de los días de vacaciones. En los países en los que se han implementado estas políticas lo que se busca, sin necesariamente lograrlo, es disminuir los niveles de paro laboral, es decir, amplificar el régimen salarial. Muchas de estas iniciativas ya se han ensayado, inclusive algunos gurúes empresariales las han propuesto. No obstante, estas medidas no son emancipadoras, porque persiste el problema de fondo, la explotación. Inclusive, el mercado puede generar formas de liberación de tiempo más lacerantes, como sucede con los desocupados por la desindustrialización o la automatización, y en ese caso el apremio del trabajador será reinsertarse en relaciones de explotación para acceder a la fuente salarial.

Marx comenta la idea decimonónica que parece estar vigente en nuestros días acerca de que «una nación es en verdad rica cuando (...) se trabaja solamente seis horas en vez de doce. Riqueza es *tiempo disponible*, y no otra cosa» (Marx, [1959] 1980:227, t. III). Al respecto, plantea que «si todos tuvieran que trabajar, desaparecería la antítesis entre quienes trabajan en exceso y los ociosos y tal sería, evidentemente la consecuencia de que el capital dejara de existir», además de que con



el desarrollo de la productividad provocada por el capital, [vemos que] la sociedad puede producir la abundancia necesaria en seis horas más que actualmente en doce y, al mismo tiempo, todas las seis horas de «*disposable time*» (tiempo disponible) contendrán verdadera riqueza; tiempo que no es absorbido por trabajo directamente productivo, sino que [queda libre] para *enjoyment* (disfrute), para el ocio, dejando por tanto un margen para las actividades libres y el desarrollo [del hombre]» (Marx, [1959] 1980:228).

Además agrega: «Si cesa el capital, trabajarán solamente seis horas y los ociosos se verán obligados a trabajar otras tantas. La riqueza material descenderá así, para todos, a nivel de los trabajadores. Pero todos dispondrán de *disposable time*, de tiempo libre para su desarrollo» (Marx, [1959] 1980:228).

En el capitalismo, los trabajadores se consideran seres libres, en el sentido de ser desposeídos de medios de trabajo y subsistencia, poseedores de su capacidad de trabajo que venden en el mercado en una aparente relación de igualdad contractual a cambio de un salario. Pero siendo la mayoría de la población, no pueden organizarse políticamente y representarse a sí mismos, porque están segmentados, diferenciados y alienados, amén de que para efectos prácticos el grueso de los trabajadores no tiene tiempo para estudiar, reunirse, deliberar, formar partidos, impulsar proyectos, debatir, luchar. La mayor parte de su tiempo es una forma de tiempo enajenado, que dedican a trabajar, lo cual incluye el tiempo en el lugar de trabajo y el tiempo de traslado, además de que los mecanismos digitales amplían o fusionan ambos bloques temporales con el trabajo en casa o las formas de control con el uso de redes sociales digitales, que extienden las formas de dirección, supervisión y control sobre los trabajadores, ahí donde estén. En

definitiva, mientras estén sujetos al tiempo enajenado del trabajo y de la vida cotidiana no podrán ser dueños de su vida, de su tiempo y de su destino.

En la actualidad, la disputa por el tiempo libre es un problema económico-político, que no se resuelve con reformas para disminuir horas o días de trabajo, ampliar los días de vacaciones pagadas, o medidas semejantes. Por supuesto, estas medidas representan un avance para los trabajadores dentro del capitalismo, pero claramente no son suficientes para alcanzar la emancipación del trabajo y el florecimiento del desarrollo humano.

Disponer de tiempo libre y usarlo en actividades no enajenadas, no reguladas por el mercado, es parte de la lucha económica, política y cultural de los trabajadores y de los colectivos de estudiantes, activistas, artistas y demás. Se trata de una apropiación del tiempo común y de imprimirle un sentido propio con miras a la emancipación humana.

En tiempos remotos, para la filosofía política aristotélica, los regímenes políticos podían entenderse según distribuyeran el tiempo, de tal suerte que la democracia significaba la libertad, equivalente al tiempo libre, que dotaba a los individuos de la posibilidad de acudir a las asambleas. Aun los pobres, quienes eran libres al no depender de un tercero y no ser esclavos, podían tener tiempo para acudir a las asambleas.

Si los sectores populares registran los menores índices de votación y, más aún, de participación como candidatos, o que se manifiestan en menor medida en los debates públicos y medios de comunicación o en protestas ciudadanas, se debe a que disponen de poco tiempo libre para desplegar actividad política, toda vez que están comprometidos, obligados, a cubrir sus necesidades básicas mediante trabajos con horarios largos y mal pagados. La articulación de la economía y la política tiene a la dimensión temporal como una piedra de toque para desencadenar la emancipación humana desde un nuevo orden del tiempo.

La denominada renta básica universal ha sido propuesta como una política contra la pobreza y a favor de la libertad individual. Con un mínimo de ingresos se ganaría tiempo libre para realizar otras actividades creativas, innovadoras y lúdicas. En apariencia, se pasaría de reivindicar el derecho al trabajo al derecho al tiempo libre como expresión de un derecho a vivir con dignidad dada una garantía de ingreso no vinculada al trabajo. La propuesta de renta básica consiste en el pago a los ciudadanos —mayores de 18 años, que trabajen o no— de un ingreso mínimo por el Estado, sin importar su aportación al producto social. Ese ingreso garantizaría un mínimo de bienestar porque estaría por encima del umbral de pobreza y sería financiado por los impuestos. Según sus proponentes tendría un efecto positivo en el consumo y la producción, amén de que afianzaría la libertad individual. La crítica principal a esta propuesta es que no cuestiona las relaciones sociales capitalistas, la explotación del trabajo que subyace al reparto de ese ingreso provisto por el Estado, que procede de los impuestos y a su vez se deriva del plusvalor. En el nivel superficial, el tema se ubica en las relaciones de distribución, por lo que omite el nudo crítico de las relaciones de producción. Por lo demás, no representa una novedad, dado que los Estados suelen implementar diferentes programas de asistencia, sobre todo para dar recursos monetarios o en especie a los pobres, con objeto de diluir el conflicto social y evitar cambios en el nivel del sistema, a la vez que se persuade a los desposeídos de evitar cambios, se les coopta políticamente. Es bien conocido que el asistencialismo estatal tiene como cometido perpetuar la relación de dependencia de los desposeídos ante el capital y el Estado, y en modo alguno contribuye a la abolición del trabajo asalariado. Inclusive puede ser funcional a la desvalorización del salario. En vez del derecho a la asistencia, un proyecto de emancipación humana

pretende generalizar el derecho al trabajo, pero no al trabajo enajenado, explotado, sino la obligación para todos de trabajar, según sus capacidades y posibilidades, de modo que en una sociedad justa las condiciones materiales de existencias no se definan a partir de que una clase social privilegiada viva a expensas del trabajo de los demás y que las clases trabajadoras vivan en malas condiciones al ofrendar su capacidad laboral al capital.

Para Marx, la cuestión es «derribar las bases económicas en las que se fundamenta la existencia de las clases y, por tanto, la dominación de las mismas. Una vez emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador y el trabajo productivo deja de ser atributo de una clase» (Marx y Engels, 2004). Ello supondría un régimen social en el que los trabajadores, que serían todos los miembros de la sociedad, no sólo trabajaran, sino que ejercieran por su cuenta la dominación política, donde será abrogada cualquier forma de esclavitud social en aras de la emancipación de la humanidad. El avance de la ciencia y la tecnología posibilitaría condiciones para que el trabajo no fuera una mortificación y que el tiempo libre fuera propicio para el despliegue del desarrollo humano generalizado.

## Referencias

- AA.VV. (2013). *Renta Básica Ciudadana*, Sin Permiso.
- Marx, K. y Engels, F. (2004). *Manifiesto Comunista*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Lafargue, P. (1980). *El derecho a la pereza*. Madrid: Fundamentos.
- Marx, K. ([1959] 1980). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.